

## APUNTES SOBRE LA MÚSICA Y DEMAS BELLAS ARTES EN GENERAL.

### UNIDAD.

Dios y naturaleza que es lo mismo que unidad y variedad son los dos términos del acto: esto decíamos al concluir el anterior artículo. Pero la unidad que á Dios se refiere es la unidad primaria y perfecta, es la unidad absoluta, y no vamos á tratarla en su sentido metafísico éste es un punto lejano de abstracción para nuestra inteligencia limitada, una nota cuyo eco apenas resuena en las embotadas fibras de nuestra sensibilidad. Participamos, no obstante, de esa unidad grandiosa, se presiente en el fondo de nuestro espíritu y á ella también nos dirigimos, aunque gradualmente, y sin poder traspasar en el actual estado el límite infranqueable que á la Providencia plugo imponernos; pero no la abarcamos, no llega nuestro sentido estético á esa idea simplísima, y solo nos dá de ella un débil reflejo el magnífico conjunto que podemos comprender del universo. El universo y la actividad de nuestro alma es lo único que el arte tiene para acercarse á la unidad de Dios. La idea sensible de unidad debemos, pues, buscarla en la naturaleza, y la inteligencia activa combinando y modificando los elementos naturales nos dará entonces la fórmula de una unidad artística. Pero para que esto suceda Dios ha de haber desenvuelto en su obra unidades inteligibles á nuestro espíritu, ha de habernos dado los modelos, concretando su infinita variedad en puntos asequibles al entendimiento humano, que sean como los rayos esparcidos del foco de toda unidad, donde la acción de nuestra alma pueda allegar los medios para conseguir sus fines y fecundar una unidad nueva, propia: la unidad artística.

En todo lo que nos rodea, en efecto, existen esas unidades que buscamos: las gradaciones de la luz en el espacio atmosférico se resuelven en un solo color, un fondo verde desvanecido en multi-



tud de árboles y plantas matizan el paisaje de una armonía general, un canto semejante parecen murmurar todas las brisas, millares de gotas saltan de la ola que en un solo suspiro caen á nuestros pies, hácia un centro giran los mundos, y en un solo conjunto admirable se relacionan todas las partes del universo. Mas esa relacion de órden no se ofrece á nuestra vista en toda su estension; por otra parte, el espíritu necesita *uno* á que referirse, algo en donde se refunda la diversidad, un punto de partida, la razon de esa variedad que nos encanta, la unidad, en fin, desde donde se descubra el fondo de la misma cosa y no el de otra. Por este motivo cuando no la alcanza en lo muy complejo, cuando no entrevé el enlace de las partes con el todo, entonces desciende á otras unidades mas pequeñas, ó á otro conjunto menos complicado donde pueda reposar, donde se sienta en plena posesion de lo que vé y percibe, y desde allí poder ligar una á otra relacion, encadenar unidades á unidades hasta llegar á la unidad mas comprensible y grandiosa. Así nuestra alma, explorando el vasto campo de lo bello, asciende de escala en escala para contemplar el magnífico conjunto de la naturaleza artística, no puede gozar del espectáculo sino tiene el medio organizador de los elementos variables y sensibles; poseyendo lo que es uno, alcanza á conocer el todo armónico de lo que es vario. El alma de esa manera recoge sus esparcidas sensaciones, las reúne en un solo punto y las atrae á la luz de la inteligencia. Ya tiene la conciencia de sí misma y de algo de lo que le rodea; se satisface al descubrir una relacion oculta á ella hasta entonces, y reposa tranquila despues de haber vagado risueña por la inmensa variedad del universo.

Vengamos al análisis por un momento y observaremos en el órden físico cierto número de cualidades ó fenómenos materiales, estension, color, movimiento, etc. que enlazando los objetos bajo un aspecto comun determinan las unidades mas sencillas; veremos despues otras manifestaciones que nos representan una faz distinta de las cosas, nuevos cambiantes de la expresion Divina que tienen un punto de unidad mas elevado; y todavía se desvanecerá ésta ante los resplandores de otras unidades superiores, y de otras; que nunca abarcaremos el centro de la infinita variedad que nos rodea. La unidad de tiempo y de lugar: he aquí las mas elementales, Sin un principio de órden que mida y dé el valor á las mudanzas y sucesion de las cosas, y sin una base que fije nuestras sensaciones representativas, el mundo de la materia no tendria proporcion ni arreglo en nuestra mente, se verian confundidos los objetos en el caos de nuestra inteligencia. De este fundamento de unidad ya parte el espíritu en busca de otras relaciones y descubre un punto mas del pensamiento de Dios. Unas mismas sustancias liga entre si los caracteres de algunos cuerpos; leyes idénticas determinan ciertos hechos; se enlazan aun los objetos en virtud de algun principio, y se agrupan para un fin general, marchando todo hácia nuevos centros, que son nuevas unidades que dilatan el horizonte de tantas



grandezas. Así las notas armónicas de la Creación parecen resolverse en dulcísimos acordes y modular á un tono predominante en la obra del Eterno.

Esta es la naturaleza: éstas son también las leyes que determinan la unidad en nuestro espíritu. Y el arte que es una copia sentimentalizada de aquella, trasunto iluminado con la luz del entendimiento, elevado á un orden ideal que explica más significativamente lo invisible, debe por lo tanto seguir la marcha natural y sabia de la Creación. Así es en efecto: las artes reunidas tienden á un centro que les es común; uno es su fin general, como uno es el fin general de las cosas creadas. Mas las artes para cumplir los fines adecuados á cada aspecto del mundo sensible, se separan, toman parte en el coro de la creación independientemente, con sus leyes propias y dentro de una unidad peculiar en la forma; en el color, en el movimiento ó en el sonido revistiéndose de las mismas apariencias sensibles que formulan los conjuntos de las cosas materiales, y desenvolviéndose también en las unidades más sencillas de lugar y tiempo. Pero además las artes que participan de nuestro ser moral; en el misterioso taller de nuestra inteligencia se forjan y combinan esos mismos colores, esas formas, movimientos y sonidos; allí se transfunden en la unidad del pensamiento y de afectos, de todo lo que imaginamos y sentimos; allí se ordena la relación de los tonos en una división del tiempo y se limita la extensión con las formas idealizadas, en una palabra, allí el espíritu y la naturaleza se hermanan y se unen para ser expresados por el arte.

Ahora bien. Este otro mundo que ha creado nuestra alma, este nuevo conjunto de las cosas reales transformadas en lo interior de nuestro ser inmaterial, que se ha de poner al alcance de los sentidos, no puede á la vez concentrar toda nuestra atención; es necesario presentarlo subdividido, en un momento de nuestra sensibilidad, darlo á conocer por una de sus fases; es preciso hacer un todo de una parte de esas ideas y sentimientos, concretándolas en una unidad pronta á ser entendida, y entonces tendremos la obra, la creación del hombre.

La obra artística, el cuadro: he aquí la unidad superior del arte. Un rasgo ó un detalle de la obra de Dios es el fundamento de la obra del hombre. Pero el detalle es completo. Flor arrancada del gran panorama del universo, y doblemente embellecida con los colores de nuestra imaginación, la obra forma un todo ordenado subdividido en partes, es decir, tiene unidad basada en un principal pensamiento que es la esencia de las múltiples formas que lo resisten, el sugeto de la variedad. La idea que predomina entre otras segundas ideas que son sus componentes, el motivo que se desarrolla, el asunto que se expone, ó el argumento que se desenvuelve: esto es precisamente el centro de la unidad, lo uno diversificado, que se realza en sus contrastes, que se explica y se pone por todos sus lados al alcance de nuestras sensaciones.



Como un hecho externo de nuestra alma, la obra se limita por los mismos medios en que se manifiesta; medios materiales que han de disponerse y medirse en el trascurso de un tiempo dado de nuestra existencia. De modo que no se pueden ampliar à la vez muchas ideas principales en un mismo pensamiento; esto si es que pudiera hacerse, nos traería la confusion y el desagrado, y tendríamos al fin que resolverlo todo en alguna idea ficticia que determinara el centro de la composicion; no sería en ese caso una obra de lo que se trate, ni de una accion, un cuadro ò un argumento, sino de varias obras en una, varias acciones, cuadros ò argumentos confundidos desordenadamente, y encerrados bajo un mismo marco, que no llegarían nunca á entenderse ni á herir las fibras de nuestro corazon.

Hemos encontrado en las fórmulas de expresion que el arte tiene, en las obras, su más grande unidad: las obras que entrelazando entre sus variadísimos géneros las flores de nuestra imaginacion y el sentimiento de nuestra alma, parecen tejer la poesia del mundo artistico, como los objetos trazan y combinan las magnificencias del mundo corpóreo. Pero como ya hemos observado en la naturaleza, además de la unidad de un conjunto dado, los objetos que la componen llevan en sí tambien la unidad de los elementos que los constituyen.

Hermoso es el enlace proporcionado que existe entre la hoja, la rama y el árbol; pero tomad la hoja, aislada del árbol, y encontraréis aun en la gota de rocío que pudiera esmaltarla un todo de bellísima perfeccion, la armonia de los elementos. Y el arte que sigue en sus primeros pasos à la naturaleza, asimilándose de este modo las leyes generales de unidad que preexisten en la mente Divina, tiene igualmente esa conformacion de las partes aisladas; hay así mismo enlace entre la frase, el periodo y el andante musical, entre el contorno, las tintas y la figura; pero tomad tambien la frase sola y en ella ballaréis, quizá, un poema entero; despojad el contorno de las sombras y tendréis un cuadro completo. No puede ser ménos si la obra es buena, la parte que tan estrechamente está unida al conjunto, debe participar del tono general de la composicion, porque el principal pensamiento que es su alma, lleva la vida á los más pequeños pormenores; brilla por todos sus lados, lo mismo en lo episodico, en lo secundario, que en los minuciosos detalles, nada le ha de ser accesorio y nada está sin él justamente dentro de la obra. Al mismo tiempo estas partes constan de ciertos elementos, líneas, movimientos ó sonidos, que son los que dan caracter al género, los que forman, digámoslo así, las lindes, el círculo donde se ha de mover cada arte, y de consiguiente contribuyen á la unidad general del cuadro artistico. Solo que estos elementos primordiales se desvanecen ante la unidad mas grandiosa, ante la idea capital de la obra, y el espíritu los reconoce instintivamente; de ellos hace uso por hábito, sin preocuparse siquiera de analizarlos: estos elementos son los axiomas del arte.



De esta manera como lo acabamos de exponer, se tiene ya mucho adelantado para que una obra sea relativamente perfecta, es decir: dotándola en su conjunto de una unidad clara, rechazando todos los pormenores inútiles y extraños al pensamiento que se quiere expresar, sabiendo asociarse aquellas ideas que refuerzan á la principal, que la hermosean y completan, que hacen más significativo lo que está en el fondo de la composición; no confundiendo las diversas especies, ni formando con elementos contrarios la estructura de las partes y los detalles, en una palabra, no reproduciendo aquel monstruo que con tanta gracia nos describe Horacio en el principio de su carta á los Pisones.

El arte tiene una unidad propia é independiente: esta proposición es consecuencia de todo lo que llevamos dicho, á pesar de haber tomado nuestros ejemplos de la misma naturaleza. Y en efecto, la unidad de ésta no es igual á la unidad artística. Por eso precisamente se llama creación la obra de arte, si bien se efectúa sobre las bases del orden universal; moviéndose según las leyes eternas de la naturaleza, imitando sus procedimientos, y aun siguiéndola con exactitud en nuestros primeros pasos, asimilándonos también sus unidades elementales de forma, movimiento, extensión, etc. Sin embargo, más adelante cuando ya se ha nutrido nuestra alma con los encantos de su poesía, cuando en el éxtasis de amor contemplativo ha recibido del cielo el germen de la inspiración, un nuevo mundo se desenvuelve en nuestra inteligencia; y ese amoroso consorcio, allí pactado entre la materia y la idea, esa ocasión providencial determina otras leyes, levanta las nuevas bases donde se ha de fijar el edificio artístico: el mundo material allí se transforma y unifica en la idea que aparece en lo más esencial de las producciones humanas. Ya lo dejamos consignado al principio: la actividad de nuestra alma y la naturaleza nos dan la fórmula de la unidad artística. Hemos observado y aprendido en los conjuntos admirables que nos presenta el orden físico, pero no hemos podido trasladar íntegras algunas de sus unidades á nuestras artes. En las que llamariamos más objetivas, como la arquitectura, la imitación está muy próxima á la copia, y apesar de esto se hace su independencia en las numerosas combinaciones de los adornos, ornamentando sus caprichos con una flora y una fauna propiamente suya. En la música, el arte que diríamos también más esencialmente subjetivo, apenas distinguimos los elementos que en su principio la naturaleza le presta; su unidad no se encuentra en ninguna parte; nosotros la inventamos, nosotros solo podemos tomar de ella por idealización algunos movimientos de las ramas que se balancean, ó de las olas que se agitan, y aun en ese caso midiéndolas después con el cronómetro del compás, con la unidad que nos hemos creado. La unidad del arte, es pues, la armonía del pensamiento en todas sus gradaciones, la armonía, así mismo, de los medios sensibles en que se desarrolla; y he aquí la unidad como uno de sus términos,



segun dijimos al principio.

Resumamos esta teoria en la unidad del arte tónico.

La música es una de las artes que pinta en constante agitación nuestros afectos, que posee una acción propiamente dicha: es una de las que tienen un fin que desarrollan en el tiempo, ligando à él las aspiraciones de nuestra alma. Del tiempo debe partir, pues, la unidad primordial de la música, porque en él lo realiza todo; el tiempo el motor del sonido, la base del desenvolvimiento armónico y melódico que tiene su expresión en el ritmo: de ahí que el ritmo sea uno de los caracteres mas notables en este arte. La unidad del ritmo es la unidad mas elemental, la mas comprensible tambien para el oído menos ejercitado. El bajo y las cajas con solo el ritmo, marcando el paso de una marcha doble, basta para excitar el ánimo belicoso de una multitud; imitando el movimiento de los remos que surcan las aguas traza una barcarola; mide nuestras actitudes y nuestras pasiones en los bailables, en los aires graves y ligeros; caracteriza los cantos del pueblo; encuadra, en fin la melodía en un compás dado, y gradúa los sentimientos segun su estado de agitación ó calma, de veemencia ó dulzura. Viene despues la unidad tonal, es decir, la unidad de los sonidos, la correspondencia de estos con un tono principal. Dos notas sucesivas ó dadas simultaneamente, tienen ya una significación moral, es la palabra del corazón que se junta á otras palabras para formar el acorde y la melodía ligadas al tono principal ó al sistema de una escala donde se espresan y unifican las ideas: es ya el movimiento de la pasión que vibra y exhala su voz en cánticos. El sentimiento del tono es tan necesario á la música como el principio ritmico; son las dos unidades que entran en su construcción, las que intervienen en su estructura. El ritmo y la tonalidad se unen y se enlazan para producir la unidad de la frase, del período, de la parte y el todo, dando por resultado la composición ó pieza musical.

Deduciremos ahora: que el ritmo al marcar la duración del sonido en todas sus gradaciones, al darle, digámoslo así, la forma melódica ó armónica en la división del tiempo, debe hacerlo determinando un conjunto dado; en donde el compás, la manera del acompañamiento y el corte de la frase se enlazan á la principal idea rítmica en donde se ve el punto de donde parten todas las modificaciones del movimiento: ésta es la unidad del ritmo. De igual modo con respecto al sonido; éste que ha de ser tambien colocado en el compás, no tiene sentido artístico si no va ligado á la escala, si no hay unión entre el principio y la cadencia, entre el acorde perfecto y el denominante; si no participa, por lo tanto, de un centro de conformidad, haciéndonos sentir la idea del tono que predomina: he aquí la unidad tonal.

Parece que estas unidades nos conducen á otra relación más elevada que las reúne á ambas: en efecto tenemos todavia la unidad de fin, á la que concurren las demás unidades, pues todas tienden



á conmover nuestra alma, todas entran en los medios que lo han de conseguir, buscando la espresion mas sublime de un afecto. su desarrollo y último resultado. En las piezas fugadas, en las variaciones y en el cánon hay en cierto modo la unidad de principio. La exposicion del motivo que se modula de diferentes modos, el tema parafraseado y vuelto á repetir una y otra vez, no son mas que esplicaciones de ese mismo principio redundancias sobre el tema, que, es lo que tiene que suceder en un arte que se mueve sin cesar cuando no hay otra cosa mas propia de él que proponerse. En la pintura no se espera mas de lo que se espone y en la música debe esperarse el desenvolvimiento que lleva á un fin lo que se espone: aquí la accion *pasa*; allí la accion *está*. Quizá el estrechar y limitar la unidad en una obra de música ha dado lugar á esas fórmulas prescritas para el desarrollo de ciertas composiciones; por no indagar bien el fin propio de este arte, no se busca la manera de llevar á él las gradaciones sucesivas de nuestros afectos en vez de la monòtona repeticion de una sola idea ó de una sola frase. La unidad de fin es, pues, llegar á tal punto del sentimiento, que no se debe nunca perder de vista en el arte de que se trata.

Diremos para concluir que en la composicion de grandes dimensiones como en las reducidas á pequeñas partes, en una cancion como en una ópera, en un motete como en una misa debe hallarse siempre la proporcion y buen enlace de sus componentes; lo mismo una obra que otra ha de tener unidad completa. Los varios números de que consta, por ejemplo, una ópera, aisladamente considerados son conjuntos concluidos; y aunque estrechamente se aunen los aires, el número, la escena, el acto y la obra, una misma unidad ha de resplandecer en el todo y en las partes. La obra será siempre un solo pensamiento que se multiplica y estiende su luz inspiradora por toda la variedad de sus relaciones. Cuando hay unidad en la obra ya tenemos por lo menos la garantia de ser comprendidos.

ENRIQUE PEREZ DE TUDELA.

---

## LO QUE HAY EN UNA CABEZA.

---

De un pedazo de la nada  
 Fabricò el Señor al hombre,  
 Y por remate en el cuello  
 La cabeza colocale,  
 Un completísimo estuche  
 De monadas y primores,



Un *necessaire*, mejor dicho,  
En ella puso á sus órdenes,

Allí está cuanto hace falta  
Para habitar en el orbe;  
Por eso veis que no vive  
Ninguno que se la corten,

Allí, según los frenólogos,  
De virtudes y pasiones  
Tiene el hombre los registros  
Como el órgano de Móstoles.

Con madejas capilares  
No hay cráneo que no se forre,  
Ora en forma de diademas,  
Ora en forma de morriones.

¡ Con que gracia el bello sexo  
Las teje en grato desorden,  
En cada hebra colgando  
Mil amantes corazones!

¡ Que bien aquel cuya frente  
Se prolonga hasta el cogote  
Traza arabescos y mapas  
Con pelitos y mechones!

— Copiando el azul del cielo  
O la bata de la noche  
Al alma sirven los ojos  
De puertas y miradores.

Ellos son los acueductos  
Por donde van los dolores  
A ver el mundo y sus gracias  
En forma de lagrimones,

En las mujeres los ojos  
Parecen siempre dos soles,  
Y sobre todo en las tuertas,  
Que entre nubes los esconden,

Encendiendo las pajuelas  
Con que inflaman corazones,  
Tras del cristal de los ojos  
Juguetean los amores.

— ¡ Las narices! ¡ oh! bien hayan  
Las proveedoras de olores,  
Voladizo de la cara  
Y de sus llanuras monte!

Sin ellas ¿quien llevaria  
Los lentecitos al trote,  
Y la luz de sus luceros  
Tras de cristal cual faroles?

Ni á fuer de bridas colgaran



De los lentes los cordones,  
Ni hasta el labio bajarían  
Las gafas de los doctores.

¿ Quien el rapé estornudara,  
Si no tenía por donde,  
Entre el pañuelo imitando  
Los acentos del oboe?

Llena de perlas de nácar,  
Que en rojo clavel se esconden,  
Se ostenta el atrio del vientre,  
La boca por otro nombre,

Allí se forman las risas,  
Allí los besos se encojén,  
De allí parten los suspiros  
Y toda clase de voces.

De allí italianas artistas  
Exhalan *caros* clamores,  
Y terribles semifusas  
Las chillonas maritornes,

Aquella es como quien dice,  
La aduana de los que comen,  
Donde todos los manjares  
Presentan su pasaporte.

Habita en medio la lengua,  
Que se estira ò se recoge,  
Echando à volar al aire  
Las ideas interiores.

Entre los dientes de algunos  
Les produce lo que comen,  
Y en bocas de charlatanes  
Los convierte en oradores.

— Tapando tantos hechizos  
Telon de pelos inmobil,  
Hecho cejas de la boca,  
Luce el hombre su vigote.

— Ora hay dos fuertes carrillos  
Que la cara en torno forren,  
Ora pellejos colgantes  
Como los hules de un coche.

Ya de la nieve y las rosas  
Mezclánse allí los colores,  
Ya de cerdas se engalanan  
Con parterres y con flores.

— Mas, ! oh dolor. ! cuantas veces



Mueble de tantos primores  
 Sirve tan solo de percha  
 A muchísimos prohombres!

JOSÉ GONZALEZ DE TEJADA.

---

## ESTUDIOS FILOSÓFICOS.

---

### INTRODUCCION.

---

Desde que la filosofía se hizo *inquisitiva* no solo ha caído en los mas absurdos errores, si que hasta ha llegado á perderse su verdadero concepto.

Probada tenemos esta verdad en nuestros *Estudios sobre el estado filosófico-moral de la sociedad presente*, publicados en esta Revista.

Al pretender el hombre hallar la verdad por distinto medio del que la poseía, no pudo por menos de encontrarse con el error; porque al obrar así se apartó del camino que á la verdad conduce.

Consecuencia inevitable es el lastimoso estado en que la Sociedad presente se halla; estado que arranca lágrimas de desconsuelo al hombre que lo examina. Pero es necesario comprender que nada adelantamos con lamentar el estado deplorable de nuestra Sociedad, y que si queremos reformar las costumbres para evitar las terribles y fatales consecuencias que de ellas se han de seguir, hemos de luchar sin descanso, animados de una fé viva que no dé lugar jamás al desaliento.

Tal es la obligacion de todo hombre; el deber inescusable de conciencia de cuantos por el bien de la Sociedad se interesen, y por esta obligacion y en cumplimiento de este deber que nos escusa de la falta de talento y de erudicion necesarios para refutar los errores que intentamos combatir, es por lo que nos atrevemos á tanto; seguros de que la fuerza irresistible de la verdad suple con ventaja nuestra conocida insuficiencia; pues la verdad se defiende por si sola.

Mas ¿cómo se han de reformar las costumbres? ¿Cómo volver á la Sociedad al camino del bien?

Indicado se haya el modo para conseguir seguramente el resultado que se desea, por los grandes hombres que con este fin luchan incesantemente, y cuyo medio no es otro que el atacar las causas que lo han producido; causas que en los ya citados estudios tenemos designadas, habiendo en ellos tambien indicado que mas tarde vol-



veríamos sobre el mismo asunto, puesto que entonces solo sentamos la proposición que prometimos y hoy vamos á probar.

Las nociones de Dios, del hombre y del mundo están desconocidas ó tergiversadas. Negada la verdad; destruidas por el racionalismo las bases en que se sustentaban todas las verdades así de la esfera teológica, como de los órdenes psicológico y cosmológico, he aquí que el hombre á quien la irresistible realidad de los hechos hacía palmaria su criminal soberbia, tuvo por precisión que explicar las esencias y la razón de existencia de cuantos fenómenos le acusaban, con su realidad innegable, de su loco atentado, de su ignorancia y de su orgullo.

« Niegame á mí, decía el alma; á mí que estoy formando el absurdo raciocinio de que te vales para fundar tu escuela: niegame á mí, decía el mundo; á mí que te sustento, á mí que estiéndolo flores á tu paso, á mí por quien alientas, » y el sol que periódicamente le mandaba luz para que pudiese leer el absurdo de sus negaciones; y la luna y las estrellas, llenando su ser de dulce melancolía, « niega, niega le repetían, que somos instrumentos obedientes de un Ser Supremo que nos creó antes de crearte, para hacer mas hermosa tu vida satisfaciendo tus necesidades. » Pero como que una vez tropezado en resbaladiza pendiente no podemos dejar de caer al fondo, el hombre al oír las voces que le ponían de manifiesto su locura, haciéndole ver la contradicción de sus afirmaciones con la verdad, quiso reconstruir cuanto habia derribado, poniendo por cimientos del nuevo edificio la negación de la verdad, base del que habia creído derrumbar con sola su palabra, parodiando cómicamente á Dios que con una sola palabra lo creara. Para ello invocó á su inteligencia: pero la inteligencia se habia oscurecido al faltarle la radiante luz de la revelación, y su genio, aislado en su ineptitud é incapaz de nada grande, de nada original, ni de crear nada, copió servilmente á la antigüedad y en los delirios de esta halló hipótesis ridículas que creyó oponer con ventaja á la verdad, y que acallaban la terrible voz de la innegable realidad.

Tales, Anaximandro, Demócrito, Leucipo y Epicuro, dieron al racionalista opiniones, hipótesis y fábulas que oponer á los dogmas, á los axiomas y á la historia. Por tanto, el panteísmo, el dualismo, el atomismo y el ateísmo se opusieron á la existencia de Dios y al dogma de la creación, y el materialismo á la verdadera noción del hombre.

Estas son las teorías que la filosofía racionalista de la época actual trata de hacer dominar en las modernas sociedades, produciendo por consecuencia los mas lamentables resultados en las costumbres, de las que hacen desaparecer toda moral, lanzándolas en el fango del sensualismo mas grosero, despues de hacer al hombre dudar hasta de su existencia. Estas son, por consiguiente, las teorías que hemos de combatir, porque son la causa del lastimoso estado en que la sociedad presente se halla, para hacerla volver al camino del bien; único



medio de reformar sus costumbres.

Siendo nuestro propósito el estudiarlas y combatirlas una por una, no nos detendremos á hacer patentes las contradicciones, la falta de lógica de los defensores de semejantes principios. De su inverosimilitud, de su repugnancia con la razon misma, que es el valuarte, el arma para ellos invencible conque se defienden, hemos de deducirlas, y no nos es, por tanto, indispensable el patentizar que son mas lógicos los llamados filósofos que abrazan ó defienden el escepticismo; que niegan hasta la realidad misma, que ellos concediendo los efectos y negando las causas; falta de lógica que escitaria nuestra hilaridad y mereceria nuestro desprecio, si no atentara contra tan sagrados principios como á los que se dirige, si no produjese consecuencias tan lamentables y funestas.

Pero siendo nuestro objeto como ya hemos dicho, el estudiar una por una las hipótesis, por no decir ridículas fábulas, que dejamos apuntadas, hacemos caso omiso de la contradiccion en que incurren y pasamos á esponer el método que vamos á seguir.

Refiriendose á tres ordenes distintos los principales errores de que nos ocuparemos, en tres partes dividimos nuestros estudios, á saber:

1.º Cosmológicos, en los que combatiremos *el atomismo, el dualismo y el pantheismo*.

2.º Psicológicos, en los que así mismo combatiremos *el materialismo*, probando la simplicidad y la inmortalidad del alma.

3.º Theológicos, en los que contra *el atheismo* probaremos la existencia de Dios y sus atributos absolutos y respectivos.

La empresa es colosal para nuestras fuerzas, y como ya hemos dicho, no la emprenderiamos si no fuese por ese deber de conciencia que nos ha hecho saltar la valla que el conocimiento de nuestras escasas dotes intelectuales nos ha presentado, siempre que, ya con la palabra, ya con la pluma, hemos salido á la defensa de los eternos y fundamentales principios religiosos, filosóficos y sociales, en los que descansa la sociedad y en los que únicamente puede esta encontrar su felicidad y su bien.

La profunda conviccion que tenemos de sustentar la verdad y de que para ello basta solo el presentarla, así como la luz con su presencia destierra toda oscuridad, y la fé que nos alienta de que Dios nos ayudará en nuestra obra, es lo que nos anima á acometerla.

¡Ojalá produzca nuestra audacia tan beneficiosos resultados como anhelamos en nuestro buen deseo!

*Se continuará*

J. SANCHEZ ROS.

---



UN RECUERDO.

---

¡Cuantas veces delante de tu reja  
 Me jurastes amor!  
 ¡Cuantas veces al pié de tu ventana  
 Amor te juré yo!

---

Aun parece que escucho como entonces  
 Tu acento seductor,  
 Y que tú siempre amante, pero altiva,  
 También oyes mi voz.

---

Ya no veremos mas de esta manera  
 Nacer límpido el sol,  
 Ni tampoco la luna su luz pálida  
 Nos mandará á los dos.

---

Yo no me esperarás entre las flores  
 Que adornan tu balcon;  
 Ya no hablaremos mas; tu ya no existes;  
 Descansa en paz.... adios.

---

. . . . .  
 . . . . .  
 En tanto, sin cesar, lanzan mis ojos  
 Lágrimas de dolor;  
 ¡Cuan hermoso es llorar cuando de pena  
 Estalla el corazon!

---

Y ante la cruz de tu sepulcro frio  
 Ruego por ti al Señor;  
 ¡Cuan hermoso es pedir por los que fueron!  
 ¡Que santa es la oracion!

---

J. RUIZ NORIEGA.

---



## APUNTES HISTORICOS.

### ORIGEN DEL FEUDALISMO.

Todos los hechos de la Edad media llevan un sello de originalidad admirable. Epoca de regeneracion y de revolucion social, en la que el Cristianismo modifica las ideas y las costumbres, y varian de un modo radical las instituciones politicas con la invasion de los bárbaros, todos los grandes acontecimientos que presenta á la vista del observador, como en un vasto y complicado panorama; son dignos de la atencion mas profunda, para aquellos, que estudiando el origen y efectos de las instituciones, pretenden descubrir la influencia que han ejercido en el mundo.

Si una filosofia materialista, cuya lógica era la satira, cínica y procaz y cuyas afirmaciones científicas eran impiedades y blasfemias, pudo llamar á la Edad media época de ignorancia y de barbarie, investigaciones mas serias y juiciosas han demostrado la injusticia de tales afirmaciones y hoy se estudian con el detenimiento que merecen aquellos grandes períodos históricos, donde estan las primeras semillas de las ideas de progreso, con las que se envanece la sociedad moderna.

Cuando esta clase de estudios tomó la acertada direccion escitó vivamente la curiosidad una institucion por mil conceptos notable que se ramifica en la esencia de la sociedad de aquel tiempo, y de cuyo influjo participaron casi todos los países de Europa. El Feudalismo es el centro al rededor del cual giraron los grandes sucesos que tuvieron agitados á los reyes y á los pueblos en la segunda mitad de la edad media. El produjo la transformacion del esclavo antiguo en siervo de la tierra; y preparó sin saberlo el advenimiento de su libertad política: la oposicion en la tirania feudal, produjo en los reyes el amor al pueblo contra la nobleza, y por mas que fuese este afecto interesado, favoreció la aparicion y desarrollo de los concejos, cuna de las públicas libertades. En aquella gigantesca lucha de todos los elementos sociales, se organizaron como dice Michelet, y se pusieron frente á frente el imperio de Dios y el imperio del hombre; la fuerza material, la carne, la heredad en el Feudalismo; la palabra, el espíritu, la eleccion en la Iglesia; la fuerza en la superficie, el espíritu en el fin dominando la fuerza.

La investigacion, pues, del origen de tan importante fenómeno, debió ser objeto de los espíritus observadores desde que se dedica-



ron al estudio de la edad media.

Aunque llenas de preciosas noticias, las crónicas contemporáneas no nos dan solución á este problema pues aquella confusa reunion de ideas sin crítica y sin un pensamiento que las una, son como los materiales de un edificio que necesita de arquitecto que la construya, o como huesos esparcidos que requieran un espíritu que los junte y vivifique. Los historiadores de la época posterior al Renacimiento tampoco lograron en nuestra opinion resolver por completo el problema, y en obras por lo demás de mucho merito, se halla un gran vacío con respecto al Feudalismo. Despues Montesquieu y Hallam no comprenden bien la organizacion feudal en toda Europa, las causas que le asignan son mezquinas é inadmisibles, y el último sobre todo asegura que no pueden darse noticias ciertas del regimen feudal ni del gobierno de las repúblicas italianas.

Los profundos trabajos de varios escritores, como Brussel, Foransiti, Meyer, y otros mas modernos que no citamos por no haber tenido ocasion de consultarlos, han dado mucha luz sobre punto tan importante como debatido, y la cuestion del origen del feudalismo casi puede darse por resuelta en la actualidad.

Segun lo opinion recibida, el Feudalismo es de origen germánico; su nombre mismo muestra su filiacion, y la circunstancia de haberse introducido y aclimatado en Europa con el establecimiento de los bárbaros, y de haber echado sus raices mas profundas en los países alemanes, parecen dar fuerza á esta opinion. Pero el Feudalismo, tal como lo hallamos en la Edad media, ¿puede considerarse de origen exclusivamente germanico? ¿No hay en los otros pueblos semillas de esta organizacion, y no pudieron ingerirse en las que por su parte trageron los bárbaros, produciendo la variedad inmensa del sistema feudal? He aquí la cuestion. No parece creible que en la Europa dominada tanto tiempo por los romanos, echara tan hondas raices esta institucion si no hubiera tenido precedentes.

Por lo pronto, si damos crédito á las costumbres de los primitivos germanos, que nos describen Tácito y otros escritores, nada mas contrario que ellas al espíritu y tendencias del Feudalismo. Aquellos pueblos tan amantes de su libertad, que aborrecian las murallas construidas en las ciudades, tan celosos de su independencia que por ella se arrojaban al peligro con salvaje heroismo, tan aficionados á la vida movible del nómada que abandonaban con frecuencia sus posesiones y sus alianzas, invadian nuevas tierras, y peleaban contra sus mismos hermanos, no parece deberian hallarse dispuestos á la dependencia del señor feudal, ni á aquella servidumbre del terruño, que sujetando al hombre a la heredad, le constituia en esclavo de las posesiones de su señor. Pero á esta manía de libertad, como la llama Griim, se unió el espíritu de subordinacion militar, tan característico de los pueblos alemanes, y ambos produjeron en ellos el Feudalismo. Si en un principio fue enteramente personal y libre la sumision de los guerreros á sus superiores ge-



rárquicos, despues de la invasion del imperio romano, las tierras conquistadas fueron divididas entre los gefes, que al repartirlas á sus compañeros les sujetaron á la tierra y al señor de quien recibian el beneficio. He aqui el Feudalismo Germánico.

Pero como se estendió por casi toda Europa? Ya desde el tiempo de los emperadores, se pagaba en Roma el servicio de la guerra, concediendo terreno á los veteranos y auxiliares, cuyas heredades podia trasmitir á sus hijos, con la obligacion de que estos á su vez sirviesen al Estado. En el libro VI del Código de Teodosio, tratase minuciosamente de estos deberes de los veteranos y sus hijos, cominándoles si no los cumpliesen, con la pérdida del honor, los bienes y la vida. Este servicio se hacia al Estado, y no á un señor particular, como en el feudalismo germánico; pero la diferencia no era grande para que fuese difícil la transicion del servicio del estado al del noble que constituia uno pequeño con los territorios de su posesion. La organizacion militar produjo en la Germania el feudalismo de la nobleza y en Roma el de la Nacion; ambos se encontraron y se fundieron triunfando el feudalismo Germánico, per hallarse mas conforme con la organizacion social y política que sucedió á la caída del imperio de Occidente,

Los antiguos clanes de Escocia é Irlanda tenía un feudalismo que podemos llamar de parentesco y tambien hallamos algunos vestigios en las razas eslavas. Qué más? En la India vemos una institucion parecida, y que guarda muchos pntos de semejanza con el feudalismo germánico.

Creo que de todo lo dicho podemos deducir que la esencia del sistema feudal era conocida en Europa, antes de la invasion de los Germanos, y en pueblos donde ellos no llegaron á poner su planta, y que si triunfó el principio germánico sobre los demás, fué efecto de la relacion del principio de unidad en toda Europa, y de la preponderancia de la nobleza territorial á causa de las circunstancias políticas.

Nos falta espacio para estender como quisieramos las consideraciones á que se presta este importante asunto. En el estudio de los orígenes va incluido el de la esencia de las instituciones, de las razas y de las costumbres; por esto se le consagra actualmente tan especial atencion.

Nosotros hemos apuntado estas ligerisimas observaciones, y sin negar el origen germánico del hecho que nos ocupa, hacemos notar sus preceentes y las circunstancias que le acompañaron, creyendo que esto contribuya á esplicar su influencia en todos los grandes acontecimientos de un periodo histórico, que habiendo heredado las tradiciones de la antigüedad, llevó en su seno el principio fecundísimo de nuestra actual civilizacion.

A. GAYON.

---